

Vonda N. McIntyre

# El efecto entropía

STAR TREK



A la *Enterprise* se le encomienda una misión que aparentemente no le corresponde: transportar a un peligroso delincuente a un centro de rehabilitación. Pero aquel resulta ser un prestigioso científico, el Dr. Mordreaux, que ha descubierto el secreto de los viajes a través del tiempo. Sin embargo, la aplicación de sus descubrimientos ocasionaría distorsiones en todo el universo. Solo el señor Spock puede atajar el experimento y sus funestas consecuencias.

## Prólogo

El capitán T. Kirk estaba tumbado en el sofá del salón de su camarote, adormilado con un libro en la mano. Las luces parpadearon y despertó abruptamente, sobresaltado por el momentáneo fallo eléctrico y la simultánea disminución del campo de gravedad de la *Enterprise*. Los escudos principales estaban forzados al límite máximo de su poder con el fin de proteger a la nave y su tripulación de la casi incalculable radiación de otra tormenta de rayos X.

Kirk se obligó a relajarse, pero no dejaba de sentirse incómodo, como si tuviera que estar haciendo algo. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer. Su nave estaba en órbita alrededor de un vacío singular, el primero y único jamás descubierto, y el señor Spock estaba llevando a cabo observaciones, medidas y análisis del mismo, intentando deducir por qué había aparecido, repentina y misteriosamente, de la nada. El oficial científico de Vulcano llevaba en esa tarea casi seis semanas; ya casi había terminado.

Kirk no se sentía muy satisfecho por haber expuesto la *Enterprise* a la radiación, las olas gravitacionales y los pliegues y giros del espacio mismo; pero aquella tarea era sumamente urgente: aquel vacío se extendía como un carcinoma y cubría una de las principales rutas espaciales. Lo más importante, sin embargo, era que si uno de aquellos vacíos podía aparecer sin aviso previo, lo mismo podía hacer otro. Era probable que el siguiente no se limitara a entorpecer el comercio interestelar. El próximo podía surgir a la vida cerca de algún planeta habitado y borrar hasta el último ser viviente de su superficie.

Kirk miró la pantalla de su terminal de comunicación, que estaba constantemente enfocada sobre el vacío. Al describir la *Enterprise* un arco por encima de uno de sus polos, la tormenta energética se hacía más intensa. El polvo estelar descendía en un remolino hacia aquella rotura de la continuidad del espacio y se desintegraba para transformarse en energía. La luz que él podía ver, las longitudes de onda del espectro visible, formaban sólo una pequeñísima parte de las furiosas radiaciones que bombardeaban la nave.

Aquellas tormentas, giros y continuadas olas trastornaban a todos los miembros de la tripulación; todos se mostraban irritables y aburridos a pesar del considerable peligro en que se hallaban, pero nada podría cambiar hasta que el señor Spock no completase las observaciones.

Spock podría haber realizado aquella tarea en solitario con una nave individual, si una nave de ese tipo hubiera sido capaz de soportar la distorsión espacial provocada por aquel fenómeno, pero como no podía, el oficial científico necesitaba la *Enterprise*. Aun así, Spock era el único ser esencial para aquella misión. Eso era lo peor que tenía aquel trabajo: nadie tenía miedo de enfrentarse con el peligro, pero no existía forma alguna de controlarlo, luchar con él o vencerlo. No tenían nada que hacer, excepto esperar a que todo terminase.

Kirk caviló, con una vaga gratitud, que al menos podía comenzar a pensar en aquella misión en términos de horas en lugar de días o semanas. Al igual que el resto de la tripulación, se alegraría mucho cuando todo hubiese acabado.

—¿Capitán Kirk?

Kirk se estiró para abrir el canal. La imagen del fenómeno se desvaneció y en la pantalla apareció la teniente Uhura.

—¿Sí, teniente?... Uhura, ¿qué ocurre?

—Estamos recibiendo una transmisión subespacial, capitán. Está codificada...

—Transmítamela. ¿Qué código tiene?

—Máximo secreto, señor.

Kirk se sentó bruscamente.

—¡Máximo secreto!

—Sí, señor, máximo y urgente, de la colonia minera de Aleph Prime. Sólo entró una vez, y se cortó la comunicación antes de que pudiera repetirse. —Se volvió hacia sus instrumentos y transmitió la grabación a la terminal de Kirk.

—Gracias, teniente.

Las claves del código le vinieron a la memoria sin necesidad de intentar recordarlas. Estaba prohibido mantener un registro escrito de las mismas. Ni siquiera se le permitía entrarlas en la computadora de la nave con el fin de realizar una decodificación automática. Provisto de lápiz y papel, se puso a la laboriosa tarea de sustituir aquella mezcla de letras y símbolos hasta que se resolvieron en un mensaje coherente.

La teniente comandante Mandala Flynn se puso el *gi* de judo y colgó los pantalones y la camisa del uniforme en su taquilla. Por una vez, sus cabellos ondulados y pelirrojos no habían comenzado a zafarse del apretado nudo. Sabía que debería cortárselo. La patrulla fronteriza, su último destino, requería mucha más rudeza de apariencia y comportamiento de lo que era costumbre en la *Enterprise*, costumbre o, probablemente, tolerancia. Llevaba sólo dos meses a bordo, y la mayor parte de su tiempo y atención se habían centrado hasta entonces en conseguir que el equipo de seguridad volviera a adquirir algo parecido a una forma coherente. Por ese motivo, aún, no había percibido cuáles eran las limitaciones informales a bordo de la *Enterprise*, aunque no tenía intención de integrarse con la nave, sino que pre-

tendía destacar. Sin embargo, quería sobresalir por su profesionalidad y competencia, no por sus excentricidades.

Se preguntaba si el señor Sulu estaría cansado del acuerdo que habían establecido medio en broma, de que ella no se cortarían el cabello pelirrojo que le llegaba hasta la cintura si él se dejaba crecer el suyo. Hasta ese momento, él había cumplido plenamente su palabra: el pelo le tocaba ya los hombros, y se estaba dejando crecer también el bigote. Sin embargo, Mandala Flynn no quería que él se sintiera atrapado por aquel trato si lo estaban hostigando e incluso burlándose de él.

Se encaminó al dojo de la nave, dando un solo paso al interior para hacer la reverencia tradicional.

Sobre la esterilla de la sala, el señor Sulu constituía un espectáculo que daba que pensar; tenía las manos unidas por detrás de la nuca, y los codos apoyados en las rodillas. En el momento en que ella entró, dejó caer las manos laxas sobre el piso.

Flynn se sentó sobre los talones, a su lado.

—¿Se encuentra bien?

Él no levantó los ojos.

—Señorita Flynn, preferiría enfrentarme a los klingon armado con una vara, que equilibrar una nave espacial en torno a un fenómeno de vacío, por no hablar del tira y afloja que existe entre los señores Spock y Scott.

—Ha sido divertido —dijo Flynn—, me refiero a eso de ir caminando inocentemente por ahí y encontrarse de pronto flotando en el aire.

El señor Sulu estiró su cuerpo y brazos hacia delante con el fin de realizar un ejercicio de yoga, y se inclinó hasta que la frente le tocó las rodillas.

—El señor Scott no cree que las fluctuaciones gravitacionales, las descargas de energía o el resto de esos problemas sean tan divertidos como usted los ve —dijo con voz amortiguada. La chaqueta acolchada de su *gi* se le había deslizado por encima de las orejas. Tenía el aspecto de

alguien que prefería quedarse envuelto de aquella manera a salir alguna vez—. El señor Scott está convencido de que la próxima vez que pasemos por una tormenta de rayos X, la sobrecarga de los escudos hará estallar los motores. — Gruñó de dolor y se irguió lentamente—. Pero lo único que quiere el señor Spock, por supuesto, es una órbita perfectamente circular, con o sin tormentas.

Flynn asintió con compasión. No parecía que el peligro existente fuese algo con lo que uno podía enfrentarse. La responsabilidad de la ruta y, por tanto, de la seguridad de todos, descansaba casi completamente sobre los hombros del señor Sulu. Estaba sobrecargado de trabajo y soportaba una tensión excesiva.

—¿Quiere que dejemos la clase para otro día? —preguntó Flynn—. Detesto hacer interrupciones porque lo está haciendo muy bien, pero en realidad no lo perjudicará en absoluto.

—¡No! He estado esperando este momento durante todo el día. Tanto si se trata de sus clases de esgrima como de mis clases de judo, son casi las únicas cosas que me han mantenido en pie durante las últimas dos semanas.

—De acuerdo —respondió ella.

Lo tomó de la mano, se puso de pie y lo ayudó a levantarse. Después del precalentamiento muscular, Sulu, el estudiante, le hizo una reverencia a Flynn, la instructora. Luego se hicieron el uno al otro la reverencia formal entre oponentes.

En esgrima, Mandala Flynn estaba comenzando a dominar la parada seis que se llevaba a cabo con la hoja, y el señor Sulu podía atravesar fácilmente su guardia. En judo, las posiciones eran inversas. Flynn tenía el quinto dan de cinturón negro en ese arte marcial, mientras que el señor Sulu no hacía mucho que había superado la etapa de aprender a caer sin hacerse daño.

Pero aquel día, la primera vez que cayó en una voltereta de hombro, Flynn tuvo la sensación de que la postura del

cuerpo era errónea. Intentó cogerlo, pero no había estado a la espera de una torpeza por parte de él. El señor Sulu cayó mal y con un golpe seco, sin rodar ni rebotar lo más mínimo. Flynn bajó los ojos hasta él mientras apretaba los puños; los ojos de su contrincante miraban al techo, carentes de expresión.

—¡Maldición! —exclamó ella—. ¿Es que se ha olvidado de todo lo que aprendió en los últimos dos meses?

Lamentó de inmediato sus palabras y ahogó su enfado. Una de las razones por las que se había decidido a someterse a la disciplina del judo era la de aprender a controlar su temperamento violento, cosa que habitualmente conseguía. Se arrodilló junto a Sulu.

—¿Se encuentra bien?

Él se levantó trabajosamente, con aspecto de sentirse incómodo.

—He cometido una estupidez.

—No tendría que haberle gritado —le dijo Flynn, que también se sentía incómoda—. Mire, esto no va a resultar. Usted está demasiado tenso y va a hacerse daño si continuamos.

Ella comenzó a frotarle la espalda y los hombros. Él profirió un gemido de protesta y los dedos de ella tropezaron con un nudo muscular.

—Pensé que había hecho un buen precalentamiento —se excusó él.

—El precalentamiento no serviría de nada.

Le hizo quitarse la casaca y tenderse boca abajo sobre la esterilla, tras lo cual se sentó a horcajadas sobre la cadera de él y comenzó a masajearle la espalda y los hombros.

Al principio el cuerpo de él se contraía cada vez que ella se dedicaba a trabajar un músculo, pero gradualmente la tensión comenzó a disminuir y él permaneció inmóvil bajo las manos de la mujer, con los ojos cerrados. Un mechón de sus negros cabellos lustrosos le cayó sobre una mejilla. A

ella le hubiera gustado tender la mano para apartárselo, pero en cambio continuó con el masaje.

Cuando la ferocidad de la tensión ya había aflojado y ella comenzaba a tener calambres en las manos, le dio un suave toque en el hombro y se sentó junto a él con las piernas cruzadas. Él no se movió.

—¿Sigue vivo?

Él abrió lentamente un ojo y sonrió.

—Sólo apenas.

Flynn se echó a reír.

—Vamos —le dijo—. Lo que usted necesita es un remoión, y no que le anden tirando por todo el gimnasio durante una hora.

Pocos minutos más tarde, ambos se sumergían en las profundas aguas calientes del baño estilo japonés. Flynn se soltó los cabellos y los dejó caer alrededor de sus hombros. El agua empujaba los mechones contra la espalda de la mujer y le hacía cosquillas; el calor le aliviaba el débil dolor de la clavícula que se había roto hacía varios años. Se frotó distraídamente las cicatrices que le cruzaban hasta el hombro, las líneas de color blanco plateado que destacaban sobre su piel ligeramente morena. El hueso se había soldado adecuadamente, pero algún día tendría que pasar por terapia para que se lo regeneraran completamente. Pero eso no ocurriría de momento, porque no tenía tiempo.

Sulu se desperezó de forma exuberante.

—Tiene usted razón —comentó—. Al menos por esta vez, el remoión sin el ejercicio previo sienta de maravilla. — Le sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Se da cuenta —preguntó ella—, de que hace ya dos meses que nos conocemos y continuamos dirigiéndonos el uno al otro como «señor Sulu» y «señorita Flynn»? Sulu vaciló.

—Me he dado cuenta, sí, pero pensé que no era... correcto que yo comenzara con las informalidades.

Como primera oficial de seguridad, Flynn no era la superior inmediata de Sulu en ningún aspecto de la jerarquía militar. De haberlo sido, jamás se hubiera permitido la libertad de encontrarlo atractivo; pero estaba acostumbrada a la tradición de las patrullas de frontera, en las que los miembros de la tripulación permanente eran quienes decidían cuándo invitar a los recién llegados a que les tuteasen, y en ello no intervenía el rango militar. Aquél era otro caso en el que la *Enterprise* se regía por unas normas militares estrictamente tradicionales. Flynn superaba a Sulu en graduación.

—En ese caso, seré yo quien comience —decidió ella—. Mis amigos me llaman Mandala. ¿Utilizas tú algún otro nombre?

Ella nunca había oído que nadie lo llamara de ninguna otra forma que Sulu.

—Habitualmente, no —respondió él—, pero... Mandala esperó durante un momento.

—¿Pero?

Él desvió los ojos de los de ella.

—Cuando digo a la gente cuál es mi nombre de pila, si saben japonés se echan a reír.

—¿Y si no saben japonés?

—Me preguntan qué significa, yo se lo digo y entonces se echan a reír.

—Yo puedo equipararme a cualquiera de los del departamento de nombres raros —le aseguró Mandala.

—Mi nombre de pila es Hikaru.

Ella no se echó a reír.

—Es un nombre muy hermoso, y adecuado. Él comenzaba a sonrojarse. —¿Sabes qué significa?

—Sin duda. Hikaru, el que brilla. Es de una novela, ¿verdad?

—Sí —respondió él, sorprendido—. Eres la única persona que conozco, aparte de mi familia inmediata, que conoce la Fábula de Genji.

Ella le miró a los ojos. Él desvió la mirada, volvió a dirigirla hacia ella y luego, de pronto, las miradas de los dos se unieron.

—¿Puedo llamarte Hikaru? —preguntó Mandala, mientras intentaba dominar las inflexiones de su voz.

Él tenía unos ojos pardos, hermosos y profundos que nunca perdían el buen humor.

—Me gustaría que lo hicieras —respondió él con dulzura.

El intercomunicador que había en la pared profirió un silbido que los sobresaltó a ambos.

—¡Señor Sulu, al puente! ¡De inmediato!

Hikaru se hundió lentamente hasta quedar completamente sumergido en el agua caliente. Un momento más tarde surgió al exterior como un delfín furioso, saltó fuera de la bañera y quedó de pie, goteando sobre los azulejos.

—¡Pueden encontrarlo a uno en cualquier parte! —gritó, cogió la toalla y pulsó el botón de respuesta del panel del intercomunicador—. ¡Voy hacia allí! —Volvió la cabeza hacia Mandala que ya había salido del agua—. Yo...

—Márchate —le dijo. El nivel de adrenalina le aumentó; el corazón le latía aceleradamente—. Ya hablaremos más tarde, que sólo Dios sabe lo que ha ocurrido.

—Santo Dios —exclamó él—. Tienes razón.

Entró apresuradamente en el vestuario, se puso los pantalones a toda velocidad y se marchó con la casaca y las botas en la mano. Mandala se vistió casi con la misma rapidez; sabía que el equipo de seguridad podría hacer muy poco si el fenómeno estaba a punto de apoderarse de la nave y engullirla, pero quería estar preparada para cualquier emergencia.

En el observatorio de la *Enterprise*, el señor Spock miraba pensativamente los datos que aparecían en la pantalla de la computadora. Aún no se veía nada parecido a lo que

él había esperado. Quería volver a realizar los análisis preliminares, pero ya casi era el momento de obtener las lecturas de otro instrumento. Sentía el vivo deseo de obtener tantos puntos observacionales extremadamente exactos como le fuese posible.

Dado que tenía que informar a la Flota Estelar, y la Flota Estelar tenía su base en la Tierra, Spock pensaba en el fenómeno de vacío en los términos de la ciencia tradicional de la Tierra. Las teorías de Tripler y Penrose eran, de hecho, las más útiles para analizar aquel fenómeno. Hasta el momento, sin embargo, Spock no había encontrado nada que explicara la abrupta aparición del vacío. Él esperaba que se comportara de una manera singular, pero su comportamiento era aún mucho más peculiar de lo que precedía la teoría. El polvo estelar que estaba absorbiendo tendría que provocar la formación del consecuente horizonte, pero no estaba haciendo nada de eso. Si aquel fenómeno estaba creciendo en algún sentido, se expandía hacia dentro y a través de dimensiones que Spock no podía siquiera observar.

Sin embargo, Spock había descubierto algo. Las fluctuaciones de onda que caracterizaban aquel fenómeno contenían cualidades entrópicas como él jamás había visto antes, cualidades tan insólitas que le sorprendían incluso a él.

Muchos descubrimientos científicos se producen cuando el observador advierte un hecho inesperado, improbable, incluso aparentemente imposible, y continúa investigándolo en lugar de desecharlo como disparate. Spock no ignoraba eso, y nunca lo había tenido tan presente como en aquel momento.

Si el primer análisis de los datos se mantenía, los resultados provocarían olas de consternación en toda la comunidad científica, así como en el conocimiento del público. Eso sería sólo si el primer análisis se mantenía; existía la posibilidad de que él hubiese cometido un error, o que el di-

seño de su aparato estuviese provocando un error insospechado.

Spock se sentó ante sus instrumentos, los centró, los enfocó y comprobó su ajuste.

La *Enterprise* se acercaba a un agujero abierto en la esfera que rodeaba al fenómeno, una región en la que las tormentas de rayos X menguaban abruptamente, y el observador podía echar un vistazo al interior del horripilante misterio sin rasgos que deformaba el espacio, el tiempo y la razón.

Pero mientras la batería de dispositivos de Spock exploraba aquel fenómeno, la *Enterprise* aceleró a plena potencia de forma repentina y sin aviso previo, se abrió paso con dificultad a través de la materia y la energía en desintegración y se lanzó a través del espacio en dirección a las estrellas.

Spock se puso lentamente de pie, incapaz de creer lo que acababa de ocurrir. Durante varias semanas, la *Enterprise* había soportado los caóticos giros y remolinos de la dimensión espacial y ahora, cuando estaba ya casi tan próximo a finalizar sus observaciones, la totalidad de la segunda serie de mediciones había quedado destruida. Necesitaba esa comprobación para poder descartar todas las posibilidades alternativas. Las ramificaciones de lo que había descubierto eran tremendas.

Si sus conclusiones preliminares eran correctas, la supuesta vida del universo no era de miles de millones de años. Era, en todos los sentidos prácticos, inferior a un siglo.

La *Enterprise* volaba por el espacio interestelar a una velocidad de factor constante que forzaba tremendamente los motores ya sobrecargados de trabajo.

Por fin, el señor Sulu nos ha sacado de allí con su precisión habitual, pensó Jim Kirk, sentado en su asiento del

puede mientras intentaba aparentar más calma de la que sentía. Nunca antes había respondido a una llamada de prioridad absoluta.

La puerta del turboascensor se deslizó y, por primera vez en varias semanas, el señor Spock entró en el puente. Apenas había abandonado el observatorio desde que llegaron al emplazamiento del vacío. El oficial científico descendió al nivel inferior, se detuvo junto a Kirk y simplemente le dirigió una mirada impasible.

—Señor Spock... —dijo Kirk—. He recibido una orden de prioridad absoluta. Ya sé que todavía no ha acabado su trabajo, pero la *Enterprise* tiene que responder. No tengo otra elección en el caso de un mensaje de ese tipo. Lo siento, señor Spock.

—Una orden de prioridad absoluta... —repitió Spock.

Su expresión no cambió, pero Kirk pensó que estaba bastante pálido. Si se tomaba en consideración el conjunto de circunstancias, no era nada sorprendente.

—¿Puede salvarse algo de los datos que ya ha obtenido? ¿Ha podido sacar alguna conclusión acerca del fenómeno? —inquirió Kirk.

Spock dirigió la vista hacia la pantalla exterior. Delante de ellos, a gran distancia, había un sol ordinario, una estrella amarilla de tipo G que los aguardaba, aún indiferenciada en el brillante campo de estrellas. Detrás de ellos quedaba el fenómeno, escondido dentro de su feroz resplandor.

—Las conclusiones preliminares son interesantes —respondió Spock, y unió las manos detrás de la espalda—. Sin embargo, sin una comprobación completa, esos datos son esencialmente inútiles.

Kirk masculló una maldición.

—Lo siento —repitió con irritación.

—No consigo ver nada de lo que usted sea responsable, capitán, ni ninguna razón lógica para que se disculpe.

Kirk suspiró. Como siempre, Spock se negaba a reaccionar ante las adversidades.

Sería un alivio si al menos una vez le asestara un puñetazo a un tabique, pensó Jim Kirk. Si esto no resulta ser verdaderamente serio, puede que tenga que encontrar algo para aporrear yo mismo.

—¿Se encuentra bien, señor Spock? —le preguntó—. Parece exhausto.

—Estoy bien, capitán.

—Puede marcharse a descansar un poco. Pasará un buen rato antes de que nos acerquemos lo suficiente a Aleph como para poder llamar a la tripulación a sus puestos. ¿Por qué no se marcha e intenta dormir un poco?

—Imposible, capitán.

—El puente puede realmente arreglárselas sin usted durante unas cuantas horas más.

—Soy consciente de eso, señor. Sin embargo, cuando comencé los análisis alteré psicofisiológicamente mi metabolismo para que me permitiera mantenerme alerta durante el curso de mis observaciones. Ahora podría hacerlo regresar al ritmo normal de veinticuatro horas, pero no me parece sensato disponerme a descansar cuando podría ser necesaria mi presencia aquí al llegar al punto de destino.

Kirk pasó por alto los tecnicismos de la declaración de su oficial científico.

—Spock, ¿me está diciendo que no ha dormido absolutamente nada en seis semanas? —preguntó.

—No, capitán.

—Bueno —dijo Kirk, aliviado—. Entonces, ¿qué es lo que me está diciendo? —preguntó después de una breve pausa.

—No se cumplirán las seis semanas estelares hasta pasado mañana.

—¡Santo Dios! ¿Es que no confiaba en nadie más para que llevara a cabo las observaciones?

—No se trataba de un problema de confianza, capitán. Los datos están influenciados por los sentidos. La diferencia existente entre la interpretación que dos individuos hacen